

Recordar, compartir, aprender

A Coruña

Luis Rodríguez Presado, 73 años

Alejandro Iglesias Botas, 25 años

UN SATÉLITE EN LA ZAPATEIRA

La vida de Luis Rodríguez Presado no tiene cabida en pocas líneas. En realidad me encantaría poder reflejar en este texto, la cara de asombro y envidia sana que se me ve, cuando escucho a Luis narrando su vida.

Nació en Fixoi, parroquia de Meangos, y siempre ha estado rodeado de vida y de música. En casa eran ocho hermanos, dos de sus tías solteras y sus padres, lo que eliminaba la palabra “aburrimento” de su diccionario.

Dos de sus hermanos eran músicos, y ensayaban en su casa al no tener otro sitio para hacerlo. Esto le encantaba a Luis, pues sin tener consciencia de ello, la música sería su vida, y su vida se convertiría en música. Aún era muy pequeño, pero tenía muy claro a lo que se quería dedicar. Estaba presente en todos los ensayos y se conocía los temas de memoria. Siempre ha tenido muy buen ritmo y en los descansos se metía en la habitación y tocaba a escondidas. Aunque por la edad no podía formar parte de una banda, pronto tendría su oportunidad, pero primero le llegó la necesidad.

En una familia tan numerosa, y con la situación política de la época, en la que te prohibían cosechar más de las cantidades estipuladas, y no te permitían vender el excedente producido, había que traer dinero a casa para ayudar a la familia.

El colegio terminaba a los 13 años, y privilegiado era quien podía acudir. Así que nada más concluir esa etapa de educación básica, la vida laboral fue su próxima parada. Su primer empleo fue en una constructora de Betanzos; seis pesetas, y 9 kilómetros de “paseo” desde casa, era su jornada laboral diaria en un trabajo de sol a sol y sin seguridad social.

Ya solía tocar la batería los fines de semana y algunos festivos en la orquesta de su pueblo para cubrir algunas ausencias, pero la partitura de Luis no había hecho más que empezar. Una vez cumplidos los 16 se lanzó a la búsqueda de trabajo fuera de casa. Vendió lo que tenía, incluido su reloj, y se fue a Izarra. Recuerda el tiempo tan brusco que había en esas montañas, y la nieve que le llegaba por las rodillas.

Lo normal era hospedarse con las patronas, casas particulares que ofrecían cobijo y comida a la gente que venía a buscar trabajo, pero el presupuesto de Luis restringía la estancia a una semana, a menos que encontrara un trabajo en ese tiempo.

Fueron los huecos para los postes del tendido eléctrico, los que le ofrecieron su primera oportunidad, pero no tardó en terminarse. Luis, que a pesar de su corta edad era muy maduro, decidió coger las riendas de su vida e ir a pedir empleo a la estación de tren. Era muy complicado conseguir trabajo, y las contratas no empleaban a gente menor de 17 años, pero estaba convencido y necesitaba sobrevivir a las adversidades.

Al patrón que llevaba vía y obras hasta Bilbao, le llamaban el subastante, y era conocido por su perfil competente y serio, y muy respetado en toda la zona, y como reconoce Luis “una bellísima persona”.

Luis se plantó ante él y le pidió empleo, a lo que el subastante respondió: “¿Pero tu cuantos años tienes?”, Luis respondió que 16, pero que estaba listo para trabajar y que venía desde La Coruña para hacerlo. El patrón vio claramente su valía y le infundó mucha confianza. Lo cierto es que solo hay que mirar a Luis a los ojos para saber que es buena persona y un trabajador nato.

El trato era el siguiente: Se iría a Miranda de Ebro a pasar el reconocimiento médico y volvería a Izarra



a trabajar en las vía del tren. Diría que tenía 17 años y al no haber DNI no habría posibilidad de comprobación.

Pasó por muchos trabajos y aprendió muchos oficios e incluso tocaba la batería en una de las orquestas de la zona en la que lo metió su patrón de obra, hasta que fue llamado para medirse. Esta era una expresión que significaba que tenías que hacer el servicio militar, y allí fue Luis de vuelta a casa, ocho meses antes de tener que cumplir con su responsabilidad. Mientras, trabajaba como albañil en la empresa que hizo el puente del Pedrido, y en esta época fue cuando conoció a la mujer de su vida, de la que tuvo que separarse por primera vez, cuando llegó el momento de cumplir con el país.

Fue destinado a Larache (Marruecos), y no tardó en hacerse un sitio en la banda del ejército. Se escribían cartas en las que se extrañaban, y en cuanto terminó el servicio militar, volvió a su tierra para casarse e irse a Venezuela.

Más notas de su partitura vital se escribían con este viaje y su nueva etapa en Suramérica acababa de comenzar. Para poder entrar en Venezuela, se necesitaba un contrato de trabajo, y como a los músicos no se les hacía este tipo de vínculo laboral, se solían crear empresas ficticias para resolver este problema. Una vez allí, gracias a uno de sus hermanos, Luis se hizo con un puesto de batería en un cabaret en una pequeña ciudad a unos 40 kilómetros de Caracas. Actuaban todas las noches, y no tardó en reconocerse su talento como músico.

Tan pronto hubo un hueco, le ofrecieron tocar con la banda de la policía y poco a poco fue pasando de una orquesta a otra, de “Rumbo” a “Mario y su orquesta”, de la “Orquesta grande oriente” a la “Orquesta X”. Todo el mundo estaba encantado con su talento, y siguió actuando hasta que tuvo su primer hijo.

Él quería que naciese en Galicia y allí le estaban esperando “Os cadetes”, un grupo “modernillo” que actuaba de pantalón blanco, chaqueta negra brillante y corbata para ofrecerle una vez mas, un puesto de músico.

La siguiente pieza duraría 28 años, y en un tempo más “allegro” Luis conocería una gran cantidad de países y a numerosos músicos con la conocida y reconocida orquesta coruñesa “Los Satélites”.

En un tono nostálgico, y con uno de sus temas llamado Desencanto, narra Luis alguna de sus mil historias sobre diferentes bolos o eventos musicales.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

En realidad me encantaría poder reflejar en este texto, la cara de asombro y envidia sana que se me ve, cuando escucho a Luis narrando su vida. Lo cierto es que se aprende que hay que buscar lo que se quiere, intentar las cosas aunque parezcan imposibles, y trabajar duro para ser feliz.

No hace falta tener estudios ni talento innato, las cosas trabajadas dan sus frutos y en realidad son los que te dan mayor satisfacción.

En el segundo piso de su casa de la Zapateira, donde Luis se ha construido su remanso de música, sentados en un sofá escuchando jazz.....no hay mucho más que pedir.